

***Antiguas caras en el espejo* o crónica de una época feliz**

GALO GALARZA

Embajada de Ecuador, México

RESUMEN

En este texto, el autor presenta un recuento que es celebración de los años azarosos que le tocó compartir, en el ejercicio de la diplomacia, con el escritor y diplomático Francisco Proaño Arandi en los años 80 en varios países del continente. Se testimonia la experiencia intensa vivida en la Nicaragua sandinista; y en Cuba, enfrentando situaciones que, para Galarza, resultan inolvidables y vitales en medio de la heroicidad cotidiana de un pueblo del que prefiere siempre "hablar bien". Reconstrucción de diálogos literarios en los que en su momento se definió el título de la novela de Proaño: *Antiguas caras en el espejo*. Esta crónica es un viaje a la memoria y un testimonio de una pasión compartida: la literatura y la práctica profesional de la diplomacia con sus paradojas, desolación y, a veces, reivindicaciones; crónica que nos participa de algunos hechos que hoy son parte de la historia, pero también de la amistad fraterna entre escritores que nunca han dejado de saber amigos.

PALABRAS CLAVE: Francisco Proaño Arandi, escritores ecuatorianos, literatura latinoamericana.

SUMMARY

In this text, the author offers an account that celebrates the troubled years he shared, in the diplomatic world, with writer and diplomat Francisco Proaño Arandi during the 80's in several countries of the continent. Galarza gives testimony of the intense expe-

rience of Nicaragua Sandinista; and of Cuba, facing situations which, in Galarza's words, are unforgettable and vital in the everyday heroism of a country of which he always chooses to "speak nice". The author recreates literary dialogues in which eventually the title of Proaño's novel was defined: *Antiguas caras en el espejo*. The present chronicle is a journey in the memories and the acknowledgment of a shared passion: literature and the professional practice of diplomacy, with its contradictions, distress, and sometimes rewards; a chronicle that makes us part of several events which are now part of history, and also of the brotherly friendship between two writers that have always been friends.

KEY WORDS: Francisco Proaño Arandi, Ecuadorian writers, Latin American literature.

ASOMO MI ROSTRO al espejo del año 1980, es decir, hace 30 años, y no me reconozco. Mis ojos tienen más brillo, no aparece en el pelo ninguna cana ni barba en la cara. Sonrío diferente, parezco más feliz. ¿Dónde estoy? En una casa muy grande de Managua, Nicaragua, a donde he llegado a cumplir mi primera misión diplomática. Mi mujer se ha quedado en Quito con mi hijo recién nacido. Ellos vendrán más tarde. Afuera todavía suenan los ecos de una Revolución, aquella que derrocó a uno de los dictadores más feroces y corruptos de nuestra América y que nos llenó de ilusiones y esperanzas a miles de jóvenes de esa época. Las banderas roji-negras de los sandinistas flamean por doquier junto a las blanqui-celestes del país centroamericano. Las calles todavía huelen a pólvora y los efectos de la lucha armada se ven en el rostro de los muchachos y muchachas combatientes, todos vestidos de verde olivo, algunos de ellos están mutilados, otros llevan bastones, otros son empujados en sillas de ruedas. Entre ellos veo a un ahijado mío: Romel Sánchez, un joven bolivareense que vino a enrolarse en las filas del ejército sandinista, en donde combatió y triunfó. En ese mismo ejército luchó más tarde contra las bandas armadas financiadas por Ronald Reagan, heredero sin duda de aquel otro invasor de Nicaragua, el filibustero William Walker. En uno de esos combates murió Romel, defendiendo a una patria que lo acogió como hijo. Un verdadero héroe de nuestro tiempo. ¿Tendrá algún monumento o placa que lo recuerde? O será que con él también se aplica el verso de Leonel Rugama: "Porque los héroes no dijeron que morían por la Patria, sino que murieron por ella".

Pasa el tiempo. Es septiembre u octubre del año 1981. Vuelvo a asomar la cara en el espejo y me veo en una ciudad distinta, estoy en La Habana, Cuba. El mismo calor sofocante que en Managua. Un entusiasmo diferente. Afuera ya no suenan los ecos de otra Revolución que triunfó mucho antes. Los héroes ya están colocados en placas y mausoleos. Algunos gobiernan el país. Otros están perdidos en el mar o murieron combatiendo en otros países. ¿Por qué he venido a parar en esta otra Revolución? ¿Voy acaso recorriendo un extraño túnel del tiempo? Han decidido mi traslado a la Embajada del Ecuador en Cuba porque nuestra misión diplomática fue asaltada por un grupo de individuos que querían huir de la isla. Entraron a la fuerza a la sede diplomática y secuestraron, a punta de metralla, al embajador (el respetado historiador Jorge Pérez Concha, biógrafo del general Eloy Alfaro); al ministro-consejero, Francisco Proaño Arandi; y, a otros funcionarios ecuatorianos y cubanos. Han decidido que yo venga a Cuba para ocuparme de las labores que cumplía uno de los secuestrados. En el Ecuador gobierna Osvaldo Hurtado, después del obscuro accidente de avión en que murió el presidente Jaime Roldós Aguilera, quien reestableció precisamente las relaciones con Cuba y reabrió nuestra Embajada en esta isla caribeña, la más grande de las Antillas, la que tiene forma de caimán. Cuando llegué a La Habana ya habían liberado a los diplomáticos secuestrados, viajó para ello una misión negociadora desde Quito (entre los negociadores estuvo el actual embajador del Ecuador en Washington). El gobierno cubano dio un plazo a los secuestradores para que desalojen la sede diplomática cumpliendo las disposiciones de la ley internacional y cuando venció el plazo y estos no habían salido los sacó a punta de bomba lacrimógena y los encerró en una prisión. Los negociadores ecuatorianos dijeron que ellos nunca habían autorizado el desalojo y el gobierno de Hurtado retiró, en protesta, al embajador Pérez Concha y dejó la misión a nivel de Encargado de Negocios.

Pero no nos adelantemos. Regresemos al espejo del tiempo. El avión ruso aterriza sobre la pista del aeropuerto José Martí de La Habana. Por las escalinatas descendemos, entre mucha gente, mi mujer, mi pequeño hijo y yo, que voy vestido con una camisa de color marrón. Afuera del aeropuerto están esperándonos un hombre más bien peque-

ño de estatura, con el pelo prematuramente cano, acompañado de una señora rubia y dos niños ídem, muy graciosos, quienes miran con curiosidad a los recién llegados. Son el amigo Francisco Proaño, su esposa Lía Vinueza (hermana del poeta Humberto, aquel del *Gallinazo cantor bajo un sol de a perro*), y sus hijos Ernesto y Mauricio (los habitantes de *Pre-numbria*, como se llama el periódico y el mundo que ellos mismo fabrican, escriben, ilustran, habitan). Nos obsequian ejemplares. Mi hijo, de dos años, los mira como si fueran semidioses, ellos lo toman de la mano, lo llevan por los pasillos del aeropuerto.

* * *

Así nace una sólida amistad que durará todo el tiempo que Paco, Lía y los *prenumbrianos* viven en La Habana y que se prolongará después en el tiempo. Esos años (de 1981 a 1984) fueron, a no dudarlo, de los más felices de mi vida. No solo porque Cuba era un laboratorio extraordinario para estudiar el proceso revolucionario, los efectos de la Guerra Fría, los malabares que hacía ese pueblo para sobrevivir un bloqueo criminal y estúpido del país más poderoso de la Tierra; sino también porque en la Embajada hacíamos un buen equipo de trabajo con Francisco Proaño. “Oye chico -decían los amigos cubanos- esa no es una embajada asere, es un taller de literatura”. Y no era cierto. Parecía, pero no era cierto. Siendo como éramos solo dos funcionarios diplomáticos, acompañados de una secretaria cubana (la inolvidable Mercedes) teníamos muchísimo trabajo: Paco debía preparar informes, contestar correspondencia, descifrar mensajes sobre los conflictos fronterizos que todavía subsistían con Perú, atender los compromisos sociales (que es la parte más pesada y desagradable de esta profesión, aunque no lo crean ciertos desinformados). Y en mi caso, debía hacer otros informes, contestar otra correspondencia, hacer pasaportes, visas, testamentos, inscripciones de nacimientos, lidiar con todo lo que se debe lidiar en un consulado. Sin embargo, cuando nos quedaba el menor tiempo libre metíamos por la ventana a la *Loca de la casa* (o sea: a la literatura, como dice Rosa Montero) y nos quedábamos con ella horas enteras, buceando en las vidas y obras de Conrad, Kafka, Carpentier, Lezama. En esos años escribí buena parte de los cuentos que aparecerán más tarde en *El turno de Anacle*. Paco, mucho más disciplinado, trabajando en las noches hasta la madrugada (según me contaba con la prueba evidente de unas ojeras de zombi)

terminó una novela a la que tituló: *La razón y el presagio*. Me dio el manuscrito para que lo lea y le dé mi opinión. Lo primero que le dije, recuerdo claramente, es que el título me parecía más apropiado para un tratado de filosofía que para una novela. ¿Por qué no lo titulas –le sugerí–, como uno de sus capítulos: *Antiguas caras en el espejo*? Él escuchó mi sugerencia y para mi sorpresa y agrado, unos meses más tarde, así apareció publicada y titulada esa espléndida y morosa novela en la editorial El Conejo que dirigía el también buen amigo Abdón Ubidia.

Cuánta agua ha corrido desde entonces bajo los puentes. Paco siguió escribiendo con una disciplina de acero y ahora tiene a su haber una considerable obra narrativa, de las más destacadas y brillantes de América Latina, basta mencionar sus libros de cuentos: *Historias de disecadores*, *La doblez*, *Oposición a la magia*, *Historias del país fingido*, o sus novelas: *Del otro lado de las cosas*, *La razón y el presagio* (no pudo aguantarse la gana de titular así alguna de sus novelas), *Tratado del amor clandestino*, *El sabor de la condena*, y la ya señalada *Antiguas caras en el espejo*. Yo me enredé más en los hilos de la diplomacia y de la incertidumbre. De Cuba me enviaron a Nueva York. Fue una experiencia tan fuerte que creí haber viajado de un planeta a otro planeta. Allí nació mi libro *La Dama es una trampa*, que es uno de los primeros, sino el primer intento, en la literatura ecuatoriana, de hablar del tema de la migración (que con el pasar del tiempo se hizo una pesadilla para miles y miles de compatriotas). Después vino Canadá y después Francia y después Australia y después México, con los correspondientes intervalos del regreso a la Tierra del Nuaymás (como decía el novelista Rivadeneira) y los inevitables y angustiosos enredos y desenredos con los poderes de turno. Entre tanto viaje y movida y angustia, la literatura se me extravió en el camino. De cuando en cuando asoma en noches de bruma para dictarme al oído una página de diario, un poema, un cuento corto. No me quiere compartir. No es Pablito Milanés. Tal vez un día me recupere solo para ella. En otra vida, quizás.

Dije y me ratifico que esos años de Cuba fueron de los más felices de mi vida. Ya expliqué que, primero, por el ambiente político de laboratorio de la Revolución cubana y por el ambiente excelente que reinaba en la Embajada, pero hubo otras razones. Ya sé que los malpensados de mis amigos eskeletros dirán: “las mulatas, chico, las mulatas”, pero no y sí. No solo las mulatas, sino las negras, las rubias, las pelirrojas. Cuba es un hervidero de mujeres bellas, pero yo estaba recién casado y enamorado de la que todavía sigue siendo mi mujer. Prueba evidente de ello es que allí, en esa isla maravillosa, nació mi hija: Lucía, escogimos este nombre por la película de Humberto Solás, así titulada, en la cual narra la vida de tres mujeres cubanas, llamadas todas Lucía, quienes viven en tres momentos diferentes de la historia. Y estaba el mar (que para mí tiene efectos curativos increíbles, hasta me cura del mal carácter, cosa increíble). Y estaba la Casa de las Américas y su inmensa actividad cultural. Y estaban los viajes al interior de la isla donde descubría los más bellos paisajes y las más bellas experiencias de vida. Y estaba, sobre todo, esa solidaridad tan impresionante y esa bondad de su gente. Los amigos del Caimán Barbudo, los ecuatorianos residentes y los muchos que venían a estudiar o curarse (allí conocí, por ejemplo, a esa gran mujer y excelente escritora que fue Nela Martínez), la cercanía a México (con Paco, Lía, los *prenumbrianos* y mi familia íbamos a Cancún, en un viaje baratísimo dentro de un avión diminuto, cuando ese balneario que después se convirtió en una especie de *Mall-gringo* era apenas un pequeño caserío con tres hoteles grandes; tenemos fotos en las ruinas de Chichen Itza). Cuba era, parafraseando a Hemingway (otro de sus amantes), una fiesta. La más bella fiesta que jamás viví y tal vez viviré. Y cuando me preguntan: ¿Pero por qué no cuentas las cosas horribles que deben allí existir, los presos políticos, la escasez, la falta de libertades? Respondo generalmente que para eso están ya demasiados, incluidos varios Premios Nobel. Que los enemigos de Cuba (que son muchos) se encarguen de contar las cosas malas, yo me limito a guardar en el recuerdo solo las cosas buenas. Y “que me perdonen por ello los muertos y los *políticamente correctos* de mi felicidad”.

En una de las conversaciones con el amigo Paco Proaño le pregunté sobre el secuestro en la Embajada. Le digo que me cuente los pormenores de ese episodio sórdido de la historia de las relaciones diplomáticas entre los dos países. Comienza a contarme con detalles el temible asunto y dice como conclusión: salvé mi vida y la de Pérez Concha solo gracias a la literatura. Creo que bromea, pero no, cuando hace un recuento de los episodios vividos concluyo, también con él, que salvó la vida gracias a la literatura, al don de la palabra, en definitiva, porque convenció a los secuestradores de que le permitan salir a él y al anciano embajador, a pocas horas de que se dé el asalto por parte de las fuerzas de seguridad cubanas. ¿Qué les dijo, cómo los convenció?, son preguntas que el mismo autor de *Antiguas caras en el espejo* debe contestar. Lo que sí debo mencionar es que a raíz de ese episodio, las fuerzas de la extrema derecha ecuatoriana y sus aliados de ultramar hicieron todos los esfuerzos posibles para que se rompan nuevamente relaciones diplomáticas con Cuba. El Canciller ecuatoriano de entonces, de cuyo nombre no quiero acordarme, hacía todo lo posible por buscar pretextos que le llevaran a la resolución de romper con el gobierno de Fidel Castro, como ya lo habían hecho, por cierto, otros gobiernos de América Latina, siguiendo los lineamientos de Washington. La orden era: volver a aislar a Cuba. Puedo dar fe de que solo la tenacidad que puso Paco Proaño (ayudado en parte por quien escribe esta crónica) salvó esa relación. Pero nadie sabe para quién trabaja, a Hurtado le sucedió en el gobierno del Ecuador el hoy fallecido León Febres Cordero y él visitó oficialmente Cuba con bombos y platillos, pero para entonces, claro, ni Paco ni quien esto escribe estábamos en la isla. Andábamos en Quito, paradójicamente “perseguidos” por los lacayos del febreescorderato, quienes nos acusaban de “comunistas”. Con ese argumento nos tacharon para que formemos parte del primer equipo que debió dirigir la Academia Diplomática, junto al también fallecido y gran amigo y gran embajador Mario Alemán. Los que no me crean que revisen los periódicos de esa época. Por ello, Francisco Proaño debió pedir la disponibilidad y yo refugiarme en el Congreso, presidido entonces por el historiador Enrique Ayala Mora.

Asomo mi rostro al espejo de ahora. Mi frente está cruzada de varias arrugas. Mis ojos están casi apagados (han visto demasiadas cosas y tienen cansancio, astigmatismo y asco, como los de uno de los personajes de uno de mis libros), mi pelo tiene muchas canas, mi barba está casi blanca. Vivo en la ciudad de México, en el maravilloso y terrible D.F., adonde he venido como Embajador del Ecuador, después de treinta años de carrera diplomática. Me pregunto dónde estará ahora mismo el amigo Francisco Proaño. Su vida diplomática transcurrió también entre sobresaltos. Había un chiste en la Cancillería quiteña que decía: “A donde va el Pancho Proaño hay o revolución o guerra, por eso deberían mandarle a Washington”. Fue a Puerto Asís, en el Putumayo de Colombia, y años más tarde allí crecieron las FARC y otras fuerzas rebeldes. Fue a Rusia y años más tarde allí se produjo la contrarrevolución de la Perestroika y el Glasnot. Fue a Cuba y lo secuestraron. Fue a Yugoslavia y se produjo una guerra civil espantosa que hizo saltar el país en pedazos. Fue a Nicaragua y los sandinistas volvieron al poder. Fue a El Salvador y el Frente Farabundo Martí tomó el poder. Fue a Argentina y los Kirchner tomaron el poder. Fue a Washington, finalmente, y casi cae Obama vencido por el *Tea Party*. Siento mucho que haya dejado la carrera diplomática peleado con un gobierno de izquierda (siendo como fue toda su vida un defensor de esta ideología) y que de su dignidad y de su firmeza se quieran aprovechar los grupos más reaccionarios del país (entre los que están algunos de sus antiguos perseguidores). Sin embargo, en el fondo, me alegro de que esto haya ocurrido porque así podrá consagrar los años que le restan de vida (y espero que todavía sean muchos) a seguir enriqueciendo su obra literaria, repito, de las más valiosas de América Latina, ya libre de corbatas y cócteles, de reverencias y besamanos, de esperas interminables en aeropuertos y casas de gobierno, de presiones de burócratas envilecidos o embrutecidos por el poder.*

Fecha de recepción: 20 octubre 2010

Fecha de aceptación: 29 noviembre 2010